

LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.



4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENCI.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. 16.

Madrid 30 de Julio de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION

En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

EL MUNDO.

Cada uno lleva un mundo en su corazón, lo mismo el joven que el viejo, y este mundo es unas veces *mañana* y otras veces *ayer*.

Hay un momento en que se dobla la vida como una esquina, y entonces dejamos la calle de las esperanzas y tomamos la calle de los recuerdos.

Es decir, que la vida se acaba antes que el hombre; así que consumimos la última esperanza volvemos atrás, solamente que desandamos el camino por la otra calle.

Eche cada uno la ronda de su curiosidad en el profundo mar de sí mismo, y se encontrará con un abismo que no tiene medida.

Y sin embargo, el hombre es una casa tan estrecha, que apenas cabe dentro de sí; la vida exterior es tan espaciosa, tan rica, tan bella, que no hay más remedio que echarse á la calle ó pasar el día asomados á los balcones de nuestros ojos.

El mundo se tiende á nuestros pies como un esclavo y se abre á nuestras miradas como un panorama interminable; sus atractivos nos deslumbran y su loca alegría nos arrastra.

¿Habeis visto un diamante? Pues bien, detras de las

aguas de luz con que se viste, no hay más que un poco de tierra cocida.

La luciérnaga es una luz pálida y limpia detras de la que se oculta siempre un gusano.

Vosotras, bellas criaturas que pasais la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos, que todo lo mirais desde la altura de vuestros adornos, que ahogais sobre las alfombras el ruido de vuestros pasos, como si quisiérais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que teneis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura; vosotras sabeis lo que es el mundo.

No sois la perla escondida, sois la perla engastada.

No hay una escalera suntuosa que no lleve hasta vuestros pies su último peldaño y os diga: «tomad;» no hay aparador que no se cubra diariamente con todos los caprichos de la moda para deciros al pasar: «todo esto es vuestro.»

Pasais por la tierra dejando un rastro de perlas, de encajes y de seda.

Parece que los vínculos que os unen á la vida no son más que esos lazos con que trenzais vuestros cabellos, ceñís vuestras cinturas, ó sujetais los abundantes pliegues de vuestros vestidos.

Teneis la dulce palidez de vuestros semblantes encerrada en un vaso de cristal ó de china, primorosa-

mente fabricado, y guardais el suave carmin con que el pudor tiñe las mejillas de vuestra juventud interminable en el fondo perfumado de un precioso tarro de porcelana.

Todo lo sabeis: sabeis mirar, sabeis sonreír, sabeis brillar.

Vivís prendidas á la vida como un adorno.

Si la inocencia fuera de encaje, la modestia de raso, la honestidad de oro y la virtud de brillantes, seríais un verdadero tesoro de inocencia, de modestia, de honestidad y de virtud.

Vosotras habeis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguís está siempre vuestra imagen; teneis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas.

Vuestra propia hermosura os sale constantemente al paso para sonreiros con toda la gracia de la vanidad satisfecha.

Os conoceis con esa seguridad que da el trato íntimo y continuo, sabeis perfectamente qué color anima más vuestros semblantes; qué rizo se destaca mejor sobre el alabastro de vuestras frentes; qué adorno es el que dobla la gracia de vuestras movibles cabezas, y hace más brillantes vuestros cabellos castaños, negros ó rubios.

Sabeis cuál es la sonrisa más graciosa, la mirada más interesante, el ademán más distinguido.

Poseis el gran secreto del mundo; teneis la gran intuición de una gran filosofía; sabeis lo que os conviene descubrir y lo que os conviene ocultar.

Sumais vuestros encantos como un avaro sus monedas; tapais vuestras imperfecciones como un hipócrita oculta sus vicios.

Unos dientes hermosos bastan para vuestra alegría; os sonreireis hasta con las lágrimas en los ojos, y si la tristeza os hermosea, sereis capaces de estar eternamente tristes.

Aplicais el llanto y la risa á vuestra belleza, como dos cosméticos encargados especialmente de realzar vuestra hermosura.

Vuestras madres temen, vuestros esposos desconfían, vuestros hijos dudan.

Habeis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad; un escollo continuo á vuestra virtud y un recelo permanente para los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman.

Marchais delante como los estandartes de esta procesion majestuosa, la turba os empuja y os admira, la murmuración os sigue, la envidia os espía y la lisonja os muerde.

Cruzais las calles y la multitud os abre paso; todos los ojos os miran y todas las bocas os insultan; dejais en pos de vuestro paso un murmullo de equívocos, una nube de insolentes miradas; las flores que os arrojan al semblante llevan siempre una espina que va derecha á clavarse en vuestro decoro.

Vosotras no lo advertireis, pero cada requiebro es un desprecio; gozais en que os humillen; si os admiran, ¿qué importa que os insulten? Hay mujeres que van por la calle con la cabeza alta, la mirada serena y

el aire ufano, que dicen á todo el que se encuentran: «por aquí van mis vicios.» Hay otras que atraviesan las calles con la cabeza erguida, la mirada desdeñosa y el aire satisfecho, que van diciendo: «por aquí voy yo.»

Vosotras no sois las primeras, pero ¡qué fácilmente podeis llegar á serlo!

¿Y qué sois? Una mentira engalanada con los adornos de la verdad; una triste alegría, un sofisma como el de la belleza, una paradoja como la del placer, un brillo como el de la ciencia, una ilusión como la del dinero, pura perspectiva. Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invasiones, el aparador donde el comerciante muestra sus telas, joyeros donde Pizzala expone sus alhajas. Vuestras cabezas son los moldes de vuestros peluqueros, vuestros talles el *patron* de vuestras modistas, búcaros donde las floristas muestran al público los frios artificios de sus rosas de linon, de sus claveles de terciopelo, de sus hojas de tafetan, de sus ramos de seda y alambre.

¿Qué sois? Vasos de barro frágil, desde donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza, las más delicadas combinaciones de sus esquisitas esencias.

Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilización, la gran miseria de nuestros tiempos.

No sois hijas, no sois esposas, no sois madres; no sois más que bellas, jóvenes y elegantes. Pensais en el aderezo de ayer, soñais en el vestido de mañana. El reloj de jaspe y de oro que late apresuradamente sobre el mármol de la eminencia de vuestro tocador, como si le faltará tiempo para vivir, os está gritando a cada momento: «Al teatro, al baile, al coche, al salón.»

El amor es la gran pasión de vuestra alma: ese amor íntimo, profundo, que nos encadena á nosotros mismos, que dura toda la vida: el amor propio.

¿Qué buscáis en la sociedad? La admiración. ¿Qué encontráis en la familia? ¡Ah! los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Teneis pudor, cierto; ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

Oid un cuento histórico.

Al rededor de la mesa de un café discutian varios jóvenes acerca de la hermosura de una dama famosa.

Cada uno exponia á la admiración de los demás el encanto que más habia herido su deseo en el bello conjunto de aquella hermosa criatura. Sobre el mármol frío de aquella mesa, se estaba haciendo la ardiente autopsia de una mujer encantadora. El entusiasmo iba creciendo como las aguas de una inundación.

La mujer que lea estos renglones experimentará probablemente cierta envidia al ver que no es ella el objeto de tanta admiración. Entre los circunstantes habia un joven recién venido de provincia que escuchaba con indiferencia aquella ruidosa tempestad de alabanzas. Otro sorprendido de aquel silencio le dijo:

—¿Usted no sabe de quién se trata?

—Si lo sé, le contestó.

—¿Pero V. la conoce?

—La he visto una vez.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—¿Y no le parece una mujer verdaderamente admirable?

—Segun, le contestó, desnuda no me gusta.

Admirable mujer era: estaba dispensada de todo pudor, porque no tenia ninguna imperfeccion que tapar.

La que despues de leer estos reglones sienta en su alma la pena de no ser el objeto encantador de tantas alabanzas, hagámosle justicia asegurando que debía serlo.

Vosotras teneis tambien profundos dolores: la primera cana y la primera arruga os cuestan muchas tristezas.

Las demás penas de la vida llorais con lágrimas de oro.

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo, echais el suntuoso llanto de un magnífico entierro y enjugais vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que haceis envolver sus restos.

¡Qué dolor tan elegante! ¡Qué pena de tan buen gusto! y si el luto os cae bien ¡qué consuelo!

Moris, preciso es confesarlo, como las flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guardaropa esparcido sobre la tierra.

Dejais el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas joyas, la imagen vaporosa de vuestra esquisita elegancia.

Este es el mundo.

Vosotras lo habeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas; llamais *mundo*, con perfecta exactitud á ese inmenso baul que llevais siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinacion sobre la tierra. Dentro llevais vuestro corazon.

Abrámosle.

—¿Qué hay en él?

—Todo: seda, oro, diamantes.

—Nada: cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y ese es el mundo?

—Ese.

Al llegar aquí tirais el libro con enfado diciendo: «Todo eso es mentira.» Es decir, que sois así sin saberlo, ó sois así sin quererlo ser.

Sois muy hermosas y no quereis creer en la exactitud del espejo que os retrata tan feas. Esto es natural.

¡Con qué ceñuda admiracion preguntareis:

—¿Ese es el mundo?

Todos os dirán.

—No.

Dentro de vosotras hay una voz que os quiere enganar: preguntádselo con sigilo y ella os dirá en confianza:

—Sí, ese es el mundo.

JOSÉ SELGAS.

UNA CORONA MARCHITA.

El sol derramaba los últimos destellos de su luz entre las nubes rojas del Oriente. Era una tarde abrasadora como el aura que besa los desiertos del Africa: las azuladas cumbres del Moncayo se perdian entre los celajes de una atmósfera tibia, opaca, que envolvía en triples festones las solitarias florestas de los valles... Cruzando la humilde aldea, que temporalmente me servía de albergue, llegué distraída á una pequeña altura del terreno, desde la que se dominaba un gran panorama: nunca en mis paseos habia llegado hasta allí, así es que al contemplar de pronto el paisaje, quedé un momento inmóvil, miré á lo lejos y solo al retirar mis ojos del último término del horizonte, dió mi vista con el modesto cementerio de la aldea. Nunca fui amiga de la muerte hasta que sentí el corazon envuelto en su frio sudario; forzosamente la tengo que acoger como una compañera. Despues de todo. ¿La muerte no es hermana de la vida? En su mansion se fijaron mis ojos largo rato: el montecillo en que me hallaba, dominaba aquel templo de la verdad: toda la soledad que me envolvía, cinóse en derredor de mi alma, é involuntariamente mi planta se encaminó hácia el estrecho recinto en donde reposaba la grandeza del hombre. Medio deruidas las tapias de aquel pórtico de la eternidad me dieron franca entrada, y entré, no sin volver los ojos para cerciorarme de que nadie podia verme. El humano corazon es tan débil, que teme ser demasiado bueno al dejarse arrastrar por sus instintos; el corazon sentia y tenia vergüenza de que le vieran su sentir. ¿Será solo el mio al que le suceda esto?

El cementerio, como todos los cercanos á establecimientos balneario guardaba algunos restos, no diré más intactos, pero sí más oprimidos, por el mármol que pesaba sobre ellos; bajo aquellas losas y aquellas cruces, algunas de ellas lujosas, dormian seres que, buscando la vida hallaron la muerte lejos de sus hogares... De pié, rodeada por aquellos testigos mudos, pero elocuentes, que demostraban á mi alma la mísera pequenez del orgullo humano, apenas me daba cuenta del por qué mi vida no buscaba otra mision más grande que la de ser sepulcro de mi corazon.

Estas ideas que, rodando en mi cerebro con la insensata rapidez del torbellino, levantaban en tormentosa nube mis recuerdos, hicieron brotar de los profundos pliegues del alma dos lágrimas más abrasadoras que el fuego abrasador de aquella tarde: al velarse mis ojos con su lumbre, se fijaron sobre un objeto oscuro medio oculto por algunas ortigas holladas entre mis piés; bajéme y lo cogí; era una corona de siemprevivas, tan marchita, que apenas se conocia su forma. Una cinta, sin duda blanca en otro tiempo, medio arrollada sobre las mustias flores llevaba impresas algunas letras. Intenté leerlas; no era posible, porque el agua y el tiempo las habian borrado del tejido: sólo pude descifrar dos ó tres sílabas, entre las cuales apenas se entendian estas palabras: *recuerdo á mi...* ¿La corona adornaba una tumba ó habia sido arrojada lejos de ella

por una nueva ofrenda? Cerca de la corona había una cruz destrozada é inclinada sobre una multitud de plantas trepadoras: aquella corona pertenecía á la cruz: en uno de sus brazos estaba la señal de haberla sostenido. Reflexioné... la vida es un destello de la eternidad que ilumina nuestra inteligencia con fulgores divinos: ante aquella corona mística, ajada, sin color y sin forma, ante aquel *recuerdo* perdido para siempre en el más profundo *olvido*, como se pierde un átomo de arena al caer en las ondas del mar, sentí renacer mi corazón como renace el capullo marchito por el sol al recoger los besos del rocío. En vez del hastío de la vida sentí renacer la esperanza de la muerte, y mientras mis ojos se levantaban hasta el azul del cielo, mi alma engrandecida habló á mi corazón «sé valiente,» le dijo, «del polvo naciste y al polvo volverás, no arrastres la divinidad de mi esencia envolviéndola en la pequenez de tus pasiones, tú, ni aun después de muerto serás nada, ni aun los recuerdos que te dediquen seres que un día quisite se librarán del olvido eterno: yo, sino me oprimes seré siempre digna de mi origen y soy inmortal por una inmensidad de siglos.» Desde entonces mi corazón tranquilo cruza la vida sonriendo y deja que el alma libre de las vanas pasiones gire con rápido vuelo por el hermoso azul de lo infinito.

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

EL HUMO DE LA CABAÑA (1).

Me pides, bella condesa,
que te explique el humo leve
que sale de esa cabaña
y en la atmósfera se pierde...
No ignoras que cada uno,
según su ilusión, entiende
los hechizos inefables
que cielos y tierra ofrecen...

Al ver en graciosos giros
flotar la columna ténue
que en el aire en que juega
esbelta y gentil se mece,
para el artista ese humo
es un risueño accidente
del paisaje que retrata
con sus mágicos pinceles;
para el poeta que sueña
con la ventura campestre,
del sosiego de estos valles
es la imagen inocente.
Yo, ni artista ni poeta,
en su silencio elocuente
miro un bello y triste emblema
de la condición terrestre...

El aura que en la floresta
las ramas halaga y mueve,
y con invisibles alas
riza la mansa corriente,

(1) Escrito á ruego de la señora condesa de Benazuza y recitado en la ría de Deva.

al cielo lleva el aroma
que de la flor se desprende.
Las lágrimas del rocío,
del sol al influjo ardiente,
buscando espacios divinos
fugaces se desvanecen.

Del suelo, en vapor, se alzaron
esas nubes transparentes
que con formas peregrinas
la azul atmósfera hienden.
Mas no vive este alto impulso
solo en la materia inerte;
lágrimas, nubes y aromas
hay en las almas dolientes
que, huyendo la tierra, suben
á las esferas celestes.
Los ensueños de la infancia,
del amor las dichas breves,
de la gloria las quimeras,
de las artes los laureles,
la dulce quietud que infunde
en el pecho y en la mente
esta atmósfera apacible
que el sol alumbra y no enciende;
hasta el eco misterioso (2)
que aquí repite imprudente
palabras tiernas que un alma
dice á otra alma solamente...
¡ah! cuánto hay bello en la tierra,
cuanto la vida ennoblece,
cuanto embelesa las almas
con purísimos deleites,
es como el humo que al cielo
desde esa cabaña asciende.
En ignoradas regiones
parece que va á perderse;
mas no se pierde, lo guardan
de Dios las eternas leyes:
lo que es de origen divino
no puede morir, no muere.
Centro inmortal en el cielo,
cuanto al hombre hechura tiene:
lo que es bello, bueno ó grande,
allí nace y allí vuelve.

L. A. DE CUETO.

LA NUBE BLANCA.

La luna va á nacer; ya se divisa
un ténue albor de plata,
ya se retrata su reflejo pálido
en una nube blanca.

Como paloma por el alto cielo
la nubecilla pasa,
tan pequeña, que acaso dióla vida
el vapor de una lágrima.

¡Nubecilla que flotas en la altura!

(2) Eco notable de la ría de Deva.

¿Dónde estarás mañana?
tu blancura, tu esencia y tu pureza
se desharán en agua!

Dentro del alma mía hay una noche,
y en la noche del alma
resbalando también pasa un recuerdo
lo mismo que tu pasas.

Se deshace también en llanto y cae
á un pecho que se abrasa...
y al tocar en el fuego de mi pecho
en vapor se separa...

¡Nubecilla que flotas en la altura!
¡Lodo será mañana!
La nube de mi pecho muere y nace
pero nunca se acaba.

Nube de mis recuerdos de otros días
que por el alma pasas...
¡Cada vez te contemplo más pequeña
y cada vez más blanca!

LUIS DE CHARLES.

EN UN ALBUM.

Papelito sin mancha
¡ojalá nunca
un borron caiga encima
de tu blancura!

Al balcon de tus ojos
la ví asomada;
por esto sé que tienes
hermosa el alma.

VENTURA RUIZ DE AGUILERA.

PARA OCHAVO.

Unos nacen para reyes, para ministros otros; algunos no tan afortunados, nacen para boleros ó dentistas; yo, ya no me cabe duda, he nacido para ochavo. Se- mejante á lo que de Roberto el Diabolo se refiere, principié por estropear á cuantas amas de cría me alimentaban á sus pechos.

¡Triste inauguración la de mi vida! Contaba ya cumplidos cuatro años y hablar de destetarme era hablarme de la mar...

Por fin crecí, alboroté, comí, jugué. Una vez me li- sié en un brazo, caíme otra vez en un lagar y dejé contra el canto de una esquina un par de muelas, las primeras que poblaron mis encías.

¡Adverso destino el mío, fatal desgracia la que por todas partes me acompaña!

Cuando iba á la escuela sin ánimo suficiente para ser travieso contaba por los días los castigos. Si reñíamos en la plaza varios chicos, siempre era yo quien llevaba la peor parte: si un párvulo le zurraba á otro la bada- na, si un descortés y mal criado pegaba á la levita del domine papeles con saliva, ó vertía sobre el cartapacio del vecino su tintero, siempre yo pagaba el pato, siem- pre habia sido el único culpable; para otros la benevo- lencia y cariño, para mí la ley del embudo, para otros los dulces y caricias; para mí los palmetazos. Si el maestro me preguntaba algo, era precisamente lo que no sabia; de modo que llegué á poder exclamar con el héroe de unas aleluyas célebres:

«Por no saber la lección
le colocan de plantón.»

Pasaron años; dejé la escuela sin haber aprendido más que á padecer, quise meterme fraile, pero ya no existían los conventos; quise meterme monja, pero no tenia faldas; probé á abrazar una profesion, y abracé á una vieja.

Un día, no sabiendo que hacer me enamoré; díme á componer versos que de veras me descompusieron la mollera. En cuanto á la chica ni en broma me quería. Desesperado me encerré en mi cuarto, apagué la luz, llamé al demonio y apareció mi cocinera. Por causa de la sequía no me arrojé al canal; pero compré un para- guas y no llovió nunca, vendílo, y no cesaba de llover.

Ignoro en que consiste, ello es que todo me sale al revés; ya no hablo de buscar los guantes y tenerlos puestos, de chupar el cigarro por el lado de la lumbre, de confundir la tinta con la arenilla y otras vulgarida- des dignas de un cualquiera en el arte de estrellarse.

Un día, cansado de tomar el fresco, resolví tomar es- tado, y el Estado me tomó á mí, porque entré en quinta.

Yo bien quisiera adquirir una fortuna, mas no sé como se adquiere; pocos días há de resultas de haber manifestado el deseo invariable de casarme, recibí un billete concebido en estos términos:

«Inofensivo Juan: Usted está célibe, yo viuda, usted no tiene un cuarto, yo tengo una casa, usted es libe- ral, yo absolutista; me enamoran los contrastes, venga usted acá.»

A continuación estampaba firma y señas de domici- lio; el billete venia perfumado y tenia grabado en la cabeza un corazon herido.

Esta vez pensé haber tropezado de veras con la for- tuna; vestí mis mejores prendas, besé tres veces el fe- liz billete, y me lancé á la calle, casi tocando el cielo con la mano.

¡Insensato, me olvidaba ya de mi suerte desdichada!

En efecto, al poco rato, oí en la misma acera junto á mis tacones, el roce de un vestido: ¡ay! en mal hora me decidí á mirar... tirado á la cara el velo, con mu- cho rumbo y mucho aquel, me venia siguiendo una mujer, lo cual no pareciéndome por mi parte muy cortés, dejé que se adelantara, con objeto de poderla

seguir. Al pasar me dirigió una mirada de esas que hacen tilin, y me consideré hombre al agua, aunque nos hallábamos en la calle de Alcalá. De pronto, abandonando esta, principiamos á andar por entre calles; yo era y no era feliz, un presentimiento extraño me atormentaba; carteles fijados en las esquinas anunciando para la noche la zarzuela *El hombre es débil*, parecían avisarme y prevenirme contra la engañosa dama.

Yo con todo no hice caso, y continué siguiendo el retortero, hasta que... ¡oh sorpresa! se detuvo precisamente ante la misma casa cuyas señas me diera en el billete la viudita de quien ya no me acordaba. El edificio era moderno y espacioso, la escalera elegante y de buen gusto; cortés ofrecí á la dama el brazo que aceptó con gracia; pasado el primer tramo de la escalera, nos detuvimos junto á una puerta, tiré del llamador, abrióse, mi pareja entró, quise entrar tras ella, pero exclamó cerrándose el paso:

—Mentira me parece en usted tanta torpeza.

—¿Pues?

—¿No le escribí á usted que se viniera?

—Sí, señora, tuve ese honor.

—Y usted en cambio me sigue por la calle á la mitad del día.

—Pido á usted mil perdones, pero yo ignoraba que la autora de estas líneas y la tapada de esta mañana fuesen varios encantos y un sólo querubín.

—Pues eso es lo que me desagrada, no quiero tratos con hombres que como usted, se enamoran de todo el mundo; tantas veo, tantas quiero. Quede usted con Dios.

Y cerrándose la puerta bruscamente, me crecieron un palmo las narices.

Desde entonces, cualquiera diría que he perdido algo; mis asuntos van de mal en peor; si quiero mover á lástima, muevo á risa; si suelto un chiste, hago llorar; si trabajo, me duermo; si trato de dormir, me pican las pulgas.

Ayer me declaré á una niña, y me contestó:

—No quiero.

—Ingrata, le entrego á usted el alma y cuanto tengo; se queda usted con ello y nada en pago me concede.

—Diré á usted: su alma, cuanto usted posee y vale, no pasa de un ochavo; no hay, pues, porque devolverle el cambio.

JUAN TOMÁS SALVANY.

A MI PRIMA

LA STA. AURORA DE VARGAS MACHUCA Y LAIGLESIA.

Tras una noche de angustia llena
de sobresalto y amarga pena
cuando la aurora llega á lucir,
ella consigue con sus fulgores,
con sus aromas y sus rumores,
que los pesares puedan huir.

Cuando en sus penas mi alma se abisma,

cuando consuelo no halla en sí misma,
mi pensamiento de ti vá en pos,
y él me recuerda los dulces goces
que hoy desconozco cual desconoces
porque han pasado para las dos.

En nuestra infancia juntas jugamos,
juntas reímos, juntas lloramos,
tu alma conmigo supo hermanar,
y si hoy mi pena noche es sombría,
tu eres la aurora de un bello día
que los pesares me hace olvidar.

JULIA DE ASEÑSI.

Estreché convulsiva
su mano suave,
agitado su seno
vi levantarse
y en sus formas la seda
crujió ondulante.
Cerráronse sus ojos
para ocultarme
las chispas de deseos
que en ellos arden,
y un trémulo suspiro
robóme el aire.
Trabajosa en mi labio
saltó una frase,
y mirando mis ojos
hasta saciarse,
fébril respondió el rayo
de algo anhelante:
¿A qué me lo preguntas
si ya lo sabes?

EDUARDO LOPEZ BAGO.

CANTARES.

A Cristo vendió Judas
después de un beso,
mas aunque ayer me diste
ciento lo ménos,
tú no me vendes
por que... nadie en el mundo
comprarme quiere.

Con la que amarme supo
mostreme ingrato
y ahora mi amor desprecia
lo que yo amo.
—¡Todo se paga!
oir creo al quejarme
de mi desgracia.

Si quieres que te quiera

tienes que darme
un corazón sensible
para adorarte,
pues hace un año
me robaron el mio
dos ojos pardos.

Me enamoré de un nardo
pero al cojerlo
lo encontré sin perfume
ya estaba seco;
por que es mi sino
solo hallar flores mustias
en mi camino.

RAMON CONTRERAS Y EYRIZ.

EFFECTOS RAROS.

Yo iba á caballo: montaba un corcel más ligero que el viento, cuya carrera no parecía tener fin.

Recuerdo que era una de esas tardes de estío en que la brisa se duerme en el follaje, negándonos su frescura. El sol, que durante el día había lanzado sobre la tierra sus cárdenos rayos, se ocultaba lleno de majestad detrás de los picos de las montañas circunvecinas. Todo permanecía silencioso á mi alrededor, todo respiraba la inmovilidad de la muerte, á escepcion de mi corcel que me arrastraba sin que fuese posible detenerle.

De vez en cuando encontraba en mi camino algun labrador que suspendía sus faenas para mirarme. Creo que al ver aquel desenfundado potro que vertía torrentes de lava por sus dilatadas narices, aquella blanca espuma que cubría su freno, y mi desmelenada cabellera, sospechaba que yo era algun genio infernal. Despues desaparecian de mi vista aquellos parajes y divisaba otros nuevos, aun que la luz iba siendo escasa, y cada vez se hacian más perceptibles las chispas que brotaban del casco del bruto.

Yo me abandonaba en brazos de aquel vértigo; sentía en el rostro el azote del viento que levantaba la carrera y con las espuelas ocultas en los ensangrentados hijares, descendía á profundos valles y trepaba á titánicas cumbres.

De pronto mi caballo lanzó un fuerte relincho, inclinó graciosamente la cabeza y se detuvo.

Entonces dirigí mi ojos hácia todos lados para inspeccionar el sitio en que me hallaba, y vi un inmenso campo poblado de erguidos cipreses y melancólicos sauces,

Despues de examinar más detenidamente aquel paisaje, comprendí que era un cementerio, y aunque quise alejarme no pude realizarlo por hallarme bastante cansado y ser larga la distancia que me separaba de la ciudad.

No obstante, aquellos sitios me inspiraban temor, temor que aumentaba á medida que llegaba la noche.

Esta no tardó en tender sobre mí sus negras alas.

A largos intervalos brillaba en el cielo la cárdena luz del relámpago, como preludio de la tempestad. Temía que esta llegase; quería huir, pero al propio tiempo una fuerza superior á mi voluntad me encadenaba á aquellos lugares impidiéndome dar un paso.

La oscuridad iba siendo cada vez más intensa. Yo sentía que me ahogaba al respirar ese aire insaludable y deletéreo que se aspira en los camposantos.

¡Tenia miedo!

Algunas emanaciones fosfóricas brotaban de la tierra, se buscaban en el aire y se confundían desapareciendo al instante. Eran los fuegos fátuos.

Al contemplarlos sentía frio y temblaba, aunque la atmósfera estaba pesada y la tierra despedía el calor que había absorbido horas ántes.

Entonces hice un esfuerzo para alejarme, pero me quedé petrificado de espanto.

A un tiempo se levantaron todas las losas que cubrían las tumbas, como si hubieran sido impulsadas por un mismo resorte.

Enseguida ví deslizarse á lo largo de las paredes las pálidas y descarnadas sombras de los muertos que, recatándose con sus sudarios, me dirigían miradas torbas y profundas, como amenazándome por haber hollado su tranquila mansion. Al través de los blancos lienzos se descubrían sus amarillentos huesos.

Más lejos se agitaba una pareja de horribles esqueletos, que abrían desmesuradamente la boca como si cantasen.

Pero á mi no llegaban sus acentos, sólo escuchaba el entrechocar de sus palmas que sacudían con violencia como siguiendo el compás de aquella canción inaudible.

De pronto, todos se acercaron á mí, me rodearon y comenzaron á girar con una rapidez vertiginosa.

Yo oía el castañetear de sus dientes y contemplaba con terror sus irónicas sonrisas.

El círculo se iba haciendo cada vez más estrecho y casi me tocaban con sus largos y descarnados dedos. Pugnaba por huir, pero era en vano; los muertos me impedían el paso.

Enseguida, uno que todavía conservaba algunos asquerosos harapos de carne y cubierto de roedores gusanos que bullían entre sus repugnantes úlceras, se adelantó, y ya extendía sus brazos para asirme, cuando... escuché la conocida voz de mi criada, que me decía:

—Señorito, ya son las nueve. ¿Quiere usted que le traiga el chocolate?

TOMÁS DE ASENSI.

ULTIMAS PALABRAS DE ALGUNOS HOMBRES CÉLEBRES

¡General!—*Napoleon I.*

Vamos á dormir.—*Bacon.*

¡Un beso!—*Nelson.*

Querido mío, apriétame bien la mano, yo muero.—*Alfieri*.

No dejes sin comer á la pobre Nelly (una perrita).—*Carlos II de Inglaterra*.

Está bien.—*Washington*.

Dios conserve al emperador.—*Hayas*.

Luz, más luz.—*Goethe*.

¿Cómo es posible que no haya remedio contra la muerte?—*El cardenal Beaufort*.

Pequeño, muy pequeño es.—*Ana Bolena*, midiendo con sus dedos su cuello.

Os suplico me ayudeis á subir al suplicio: para descender no habré menester de vuestro auxilio.—*Tomás Moore* subiendo al patíbulo.

Me siento como nuevamente vivificado.—*Walter Scott*.

Encomiendo mi alma á Dios y mi hija á la patria.—*Jefferson*.

Ultimo negocio que hacemos en el mundo.—*J. C. Adams*, vice-presidente de los Estados-Unidos.

Enviamos la más completa enhorabuena á nuestro colega *La Revista de la Sociedad Económica Matritense* que dirige D. Alberto Bosch, y le agradecemos el cambio que nos propone, por ser una notable publicación destinada á ocupar un buen puesto en la república literaria.

ESPECTÁCULOS.

TEATRO Y CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO.—*El Potosí*, *Mefistófeles*,—*Adriana Angot*, tres distintas—zarzuelas allí se han dado—desde mi última revista.—No se puede exigir más—á una empresa tan activa—que tres obras como estas—dá al público en pocos días.—La concurrencia cual siempre—numerosa y escogida.

CIRCO DE PRICE.—Continúan llamando la atención de los espectadores la joven y simpática funámbula Mlle. Emma, las familias Hogini y Balaguer, Mr. Ribbon, los excelentes clowns y demás artistas de la compañía, así como los perros amaestrados por Mr. Melillo.

JARDINES ORIENTALES.—Se hallan siempre concurridos—y hace poco se ha estrenado—*Los amores reales*, pieza—muy bien escrita en un acto.—La obra obtiene á cada instante—muchos y justos aplausos—y á su autor el señor de—Tamarit felicitamos—por el lisonjero éxito—que su comedia ha alcanzado.

JARDIN DEL BUEN RETIRO.—El sábado se estrenó la revista bufa lírico-bailable y política titulada *Cuatro*

sacristanes. Se repitieron algunas piezas de canto y fueron llamados á la escena los autores Sres. Vega y Aceves, de los que solo se presentó el primero.

A causa del mal tiempo se suspendió el concierto del jueves en el Retiro y el del sábado en la Alhambra. Deseamos que esto no vuelva á suceder, porque se pasan en ambas partes muy agradables ratos.

CHARADA.

Al pié de la ventana
de su Raimunda,
un mozo de la aldea
prima y segunda;
no encuentran modo
de que á otra, si no es ella,
dé sus mi todo.
El no tiene, aseguran,
ningun amigo,
solo á un primera siempre
lleva consigo,
y á ese primera
en la casa acompaña
una tercera.
Lo que de su dinero
tercia y segunda,
en lo que él lo ha empleado
sabe Raimunda;
en galas de ella,
que en otoño se casa
con tal doncella.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

LISBOA.

ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS

Y PREPARATORIA PARA CARRERAS ESPECIALES

dirigida por el Sr. Castaños

GRAVINA, 20.

Clases de repaso de geometría descriptiva, cálculos y mecánica racional para los alumnos de la facultad de ciencias que hayan de examinarse en Setiembre.

Preparacion para topógrafos, telégrafos, ingenieros de caminos de minas y montes, arquitectura y aduanas etc. etc.

Preparacion completa para ingreso en ingenieros militares, Estado mayor, artillería, administracion militar, caballería, infantería, para primeros de Agosto.

Clases de repaso de las materias que se exijan dentro de dichas escuelas y dibujo de todas clases.

SE ADMITEN INTERNOS.

Las clases de ciencias exactas están á cargo del conocido profesor D. Alfredo Alcon.

Esta academia cuenta cuatro años de existencia y no ha tenido ni un solo reprobado en las distintas carreras de las anunciadas.

POR QUIROS IMPRESOR.—ADADES, 10.